

11 de agosto de 1967

La toma de la Reforma

Sucedió hace 20 años y, pese a todo, algunas huellas son reconocibles hasta ahora. La toma de la UC fue un acierto, según unos; un lamentable error, según otros. Pero no cabe duda de que la experiencia compartida por centenares de alumnos y académicos no sólo inició una larga serie de reformas universitarias, sino que remeció al país entero. Todos los poderes entraron al escenario, todas las fuerzas se midieron. Al término del conflicto, hubo sólo un triunfador: la Pontificia Universidad Católica de Chile.

ODETTE MAGNET



En la madrugada del viernes 11 de agosto de 1967, la Casa Central de la Universidad Católica, ahí en plena Alameda, amaneció ocupada. La misma escena se repetía en el resto de sus locales. No había dudas. Las rejas estaban cerradas con cadenas y candados y, detrás de ellas, se amontonaban bancos sacados de las salas de clases para impedir la entrada. Para ingresar se requería de un “salvoconducto” y la vigilancia dentro de los recintos era continua.

La UC había sido tomada. ¿Por quiénes? Las cifras de la época no coinciden. Algunos hablaron de centenares; otros, de miles. Pero sus protagonistas eran de fácil identificación. Manifestaron ser partidarios del cambio, de la participación, “de una universidad libre y democrática que sirviera al pueblo y representara los problemas y necesidades del país”. Dijeron ser los propulsores de una reforma largamente esperada. Y “hasta las últimas consecuencias”. Pertenecían a facultades distintas, pero los unía un lema: “Nuevos hombres para una nueva universidad”.

Hace 20 años, ese viernes 11, se inició el primer capítulo de una aventura, de un proyecto defendido y atacado con pasión, que sería de largo aliento, y que sólo tendría un brusco fin con el golpe militar. La toma duró únicamente diez días, pero sacudió mucho más que los cimientos de las aulas de la Pontificia Universidad Católica. La mecha la encendieron los jóvenes de la UC, pero las voces que exigían renovación se extendieron a otras universidades como un reguero de pólvora.

Eran tiempos de cambios. La *revolución en libertad* remecía al país entero con profundas transformaciones y las universidades, naturalmente, estaban en medio del remolino social. Eran tiempos de esperanzas —y temores— no sólo para Chile sino para toda América Latina. Se miraba a la Revolución Cubana y a la Alianza para el Progreso, primero, y al movimiento estudiantil francés de mayo del 68, después. El mundo intelectual y universitario, más que otros mundos, estaba expuesto a ese nuevo clima que se respiraba.

El movimiento universitario chileno, se dijo, estaba en crisis y se hacía urgente “cambiar las estructuras caducas”. El remezón parecía, entonces, inevitable.

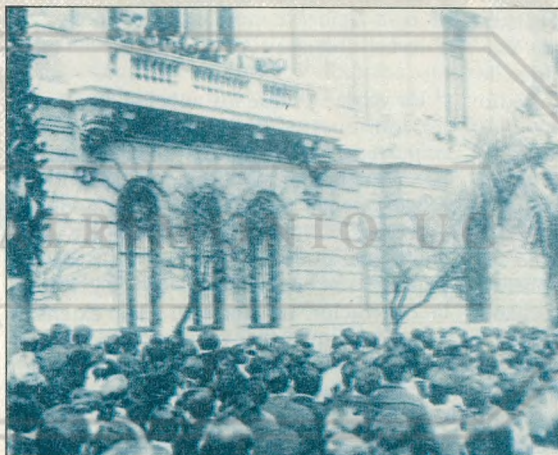
Para algunos, la toma fue algo así como una gesta de liberación, una acción audaz que plasmó todos los anhelos y valores de una generación. Para otros, una pieza más dentro de la estrategia comunista que abrió el camino a la destrucción y al caos. Pero, para bien o para mal, a partir de ese 11 de agosto, la Universidad Católica nunca volvería a ser la misma.

Pugilatos

En forma voluntaria u obligada, en el escenario del conflicto estuvieron, desde el



En la UC ocupada: el futuro rector Castillo toma las primeras medidas



Salida al balcón: los capítulos de una toma

comienzo, todos los poderes: la FEUC, el Consejo Superior de la UC, su rector, la Iglesia Católica, el cardenal Raúl Silva y el gobierno. Y las partes en cuestión se pronunciaron con claridad también desde el primer día.

Durante la misma mañana de la ocupación, un grupo de alumnos antihuelga (en su mayoría de Leyes y Agronomía, encabezados por los dirigentes Jaime Guzmán y Gerardo Arteaga) intentó ingresar a la Casa Central con el fin de recuperarla. La tarea no fue fácil, pero, al menos lograron entrar. Y la riña entre los bandos se armó: con maderos, trozos de planchas de pizarra, agua y líquido de extinguidores contra incendios. Después de varias horas, Guzmán, Arteaga y sus seguidores fueron expulsados. Pero, pocos días más tarde, ellos mismos formarían el Comando de Defensa de la Universidad Católica, el cual abocaría sus esfuerzos a la recolección de firmas de quienes se opusieran a la huelga. Su presidente, Jaime Guzmán, aseguró que ellos no se oponían a los cambios, pero

subrayó que la huelga (indefinida) descansaba en “predicamentos falsos y tendenciosos”.

La voz del Consejo Superior tampoco tardó en salir: anunció que emplearía “todos los medios que proceden para recuperar los recintos universitarios y establecer la normalidad académica”. El decano de Medicina, el actual rector Juan de Dios Vial Correa, advirtió que la toma era “un acto de violencia que puede traer pésimas consecuencias”.

Miguel Angel Solar, presidente de la FEUC, estudiante de medicina, aseguraba por su parte que existía el ánimo de conversar, pero que los alumnos no transigirían en sus posiciones. “Sólo ante una nueva autoridad y a Claustro Pleno, abriremos las puertas de la Universidad”, señaló. En concreto, los huelguistas pedían la realización de un claustro universitario, en el cual los profesores tuvieran un 75 por ciento de representación y los estudiantes un 25. También exigían la elección de un nuevo rector en un plazo máximo de seis meses.



Felipe Herrera, el cardenal Silva Henríquez y el rector Fernando Castillo, con ocasión de la firma del préstamo BID, que permitió la construcción del campus Vicuña Mackenna de la UC.



Monseñor Alfredo Silva Santiago, el rector desfenestrado.

Exigencias muy similares a las planteadas por los dirigentes de la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica de Valparaíso al inicio de su huelga, el quince de junio de ese año, que culminó con éxito (ver recuadro).

En los días siguientes, la postura de Solar sería reiterada por medio de una carta enviada al Arzobispo de Santiago, rector y progran canciller de la UC, Alfredo Silva Santiago. Insistía en que los locales no serían desocupados hasta que se cumplieran los objetivos fijados. Argüía como razón básica “la pérdida de confianza en la máxima autoridad y, por lo tanto, la desintegración consecuente de la comunidad universitaria”. “Quienes detentan la autoridad dentro de la universidad”, agregaba el dirigente, “han cumplido ya su misión y, por lo tanto, deberán abandonar el poder, dejando paso a las nuevas generaciones que responden a nuevos valores, muy diferentes

a los hoy en día imperantes”.

Puertas abiertas

La verdad es que los anhelos de reforma no eran nuevos. El tema empezó a cobrar importancia a comienzos de la década del 60. Ya entonces los dirigentes de la FEUC advertían que la universidad no podía seguir siendo “una torre de marfil” y que debía adecuarse a los problemas reales del país. En sus convenciones de 1962 y 1964, la Federación insistía sobre la “extensión social” del quehacer universitario, la necesidad de llevar a los estudiantes al campo, a las poblaciones, a las provincias. Los alumnos querían abrir puertas.

El sociólogo Manuel Antonio Garretón, presidente de FEUC en 1964, recuerda que las ideas surgieron de lecturas de los dirigentes estudiantiles, de reuniones informales con profesores, algunos recién llegados

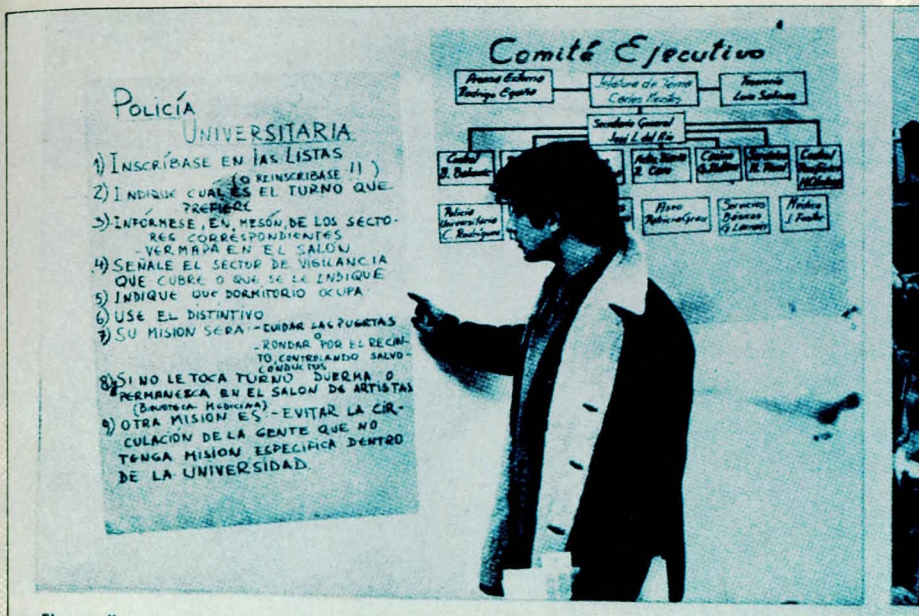
del extranjero. A 20 años de la toma, Garretón reconoce que la reforma produjo una “transformación sustantiva de la Universidad”. La UC dejó de ser “la prolongación de un colegio particular para constituirse en una universidad relativamente moderna, con un impacto y una proyección cultural limitada pero innegable”, recuerda.

La tramitación del proyecto de un nuevo reglamento de la UC fue larga. Se inició en 1965 a solicitud de los alumnos y fue entregado al Consejo Superior dos años después para su aprobación. La FEUC decidió realizar, a fines de junio de 1967, un plebiscito para que los estudiantes se pronunciaran sobre la permanencia de la autoridad. La frase del acto era: “Queremos el cambio de la máxima autoridad universitaria”. Por el “sí” votaron tres mil 221 alumnos. Por el “no”, 545. Así las cosas, la autoridad de la universidad envió el reglamento a Roma para su aprobación.

Los dirigentes de FEUC, junto con otros alumnos, le pidieron al cardenal Raúl Silva Henríquez su apoyo. Este les prometió la designación de un pro-rector con amplias facultades. El de entonces, presbítero Adamiro Ramírez, terminaba su período el 9 de agosto. Miguel Angel Solar pidió a la dirección de la UC que al término de esa fecha, fuera elegida una nueva autoridad para poner en marcha la reforma. Los estudiantes se dan como plazo un mes. Las negociaciones se estancaron. Llega el 9 de agosto. El rector Silva no tiene a quién mostrar como pro-rector, aunque intentos había hecho. Le ofreció el cargo al decano de la Facultad de Filosofía y Educación, Ricardo Krebs, quien se excusó porque, dijo, “no tendría éxito”. Hizo lo mismo con el profesor de Teología, el Reverendo Egidio Vígano: también lo rechazó porque no se consideraba “un organizador”.



Huelguistas, un día: también hubo tiempo para el juego.



Organograma de una toma: sin improvisaciones.

Al día siguiente, FEUC llamó a sesión a su Consejo General. La asamblea votó la huelga por 63 votos contra nueve. Su presidente aclaró que la huelga no era para irse a la casa, sino “para quedarse en esta casa”. Esa misma noche, los alumnos ocupaban los recintos de la UC.

¿Cogobierno? ¡Jamás!

A partir de entonces, la agitación estudiantil crecía como una ola amenazante. La UFUCH —Unión de Federaciones Universitarias— acuerda iniciar un paro nacional indefinido en solidaridad con los huelguistas de la UC si el conflicto no encuentra una salida pronta. La Universidad Técnica paralizó sus actividades, pero sus dirigentes aclararon que “no es una huelga formal”. Los dirigentes de la Federación de Secundarios solidarizaron con los ocupantes católicos y efectuaron sus propias tomas de liceos. Una y otra vez salieron a las calles en protestas masivas. El apoyo llega de la CUT y de los alumnos de la Universidad de Chile.

En medio de la efervescencia, el ministro de Economía, Juan Gómez Millas, dejó las cosas claras en la Comisión de Educación de la Cámara de Diputados. Expresó que “la participación del estudiantado en la generación de las autoridades, lo que se llama cogobierno, no lo aceptaré en Chile”. Agregó que las “las casas de estudio no pueden ser ocupadas ni para la propaganda religiosa ni para la propaganda política”.

Su postura fue compartida por el rector de la Universidad de Chile, Eugenio González.

Las cartas van y vienen; las alusiones son infinitas. El jueves 17, el rector de la UC expresó, por escrito, que la ocupación “no tiene justificación de ninguna especie”. Le recuerda a Miguel Angel Solar que él mismo participó en “un minucioso estudio” del reglamento que ahora se descalifica y que él, junto con el Consejo Superior, aprobó. Por último, lo llama a revisar los propios estatutos de la FEUC.

Dos días después, el Presidente Frei le pidió al cardenal Silva Henríquez que inter-



Impacto nacional: fue noticia más que un día.

venga en el conflicto. En una carta dramática, le expresaba su preocupación ante la demora de una salida a la situación, que “significa una amenaza para el orden público y puede provocar graves trastornos en la vida nacional, e incluso, el peligro para la vida misma de los estudiantes”.

No es la única carta que recibió el cardenal. La FEUC le expresó que “nuestra universidad es un islote anticuado en medio de una iglesia que se engarza día a día en las aspiraciones del pueblo y en los requerimientos de la vida moderna”. Solar y otros llaman a los obispos chilenos a que “hagan valer su poder moral” para llegar a una solución.

Alguna oración se escuchó, al menos en Roma. El domingo 20, el cardenal Silva fue designado mediador (¿o interventor?) en el conflicto. La Santa Sede le otorgó plenos poderes para poner punto final al capítulo. Casi a la misma hora, en la Iglesia de La Anunciación, un grupo de profesores elaboraba una quina, entre 54 candidatos, para elegir a un pro-rector. Por mayoría de votos se optó por Fernando Castillo Velasco, profesor de la Facultad de Arquitectura y Bellas Artes. La decisión fue ratificada por el rector. Esa misma noche, los ocupantes de la UC comenzaban a celebrar el sabor de la victoria con cuecas, bailes de go-go y aplausos para la nueva autoridad.

En un documento elaborado por el Comité Permanente del Episcopado (el cardenal Silva era su presidente) se establecieron las bases para la constitución de un Claustro Pleno, que debía celebrarse a fines de noviembre, con el fin de elegir a un nuevo rector. Los profesores tendrán una representación del 75 por ciento, los estudiantes del 20 y el Comité Permanente, un cinco por ciento. Se aclara que estas representaciones son de “carácter transitorio y no



La dirección de la nueva universidad en el Gimnasio.

establecen en ningún sentido, precedente para el futuro". El nuevo reglamento universitario que se dicte deberá someterse a la aprobación del Comité Permanente y a la ratificación de Roma.

El texto incluye una aclaración: "la solución alcanzada debe ser una victoria para la propia Universidad, sin que haya vencedores ni vencidos". Se ha llegado al acuerdo entre las partes, pero las discrepancias subsisten. Ante el nombramiento de Castillo, los ocupantes se comprometen a entregar los locales el martes 22, a las siete de la tarde. Y cumplen. Al recibir al nuevo prorector en el gimnasio de la Casa Central, Solar expresa que éste daba "plenas garantías de conducir a la Universidad en estos tiempos de crisis". El conflicto, asegura, ya es "cosa del pasado" y en el futuro, la FEUC se empeñará en la unidad "en aquellos sitios en que la unidad es factible (...) Hemos demostrado que somos capaces de quebrar; debemos demostrar ahora que también somos capaces de aunar, de construir".

Los aplausos y gritos se escucharon desde la Alameda. La aventura había concluido, sin violencia.

Críticas y triunfos

Algunos, sin embargo, optaron por otros caminos. El rector de la UC, Alfredo Silva Santiago, renunció a su cargo por estimar que la fórmula alcanzada por el cardenal Silva "en puntos esenciales es perjudicial para el presente y futuro de la Universidad". Con él renuncian doce miembros del Consejo Superior.

Al término del conflicto, un sector importante de profesores de la UC objetan los términos del acuerdo y critican la participación del cardenal Silva. Algunos, como el decano de Economía, Sergio de Castro, hicieron público su rechazo. Varios profesores abandonaron sus cátedras. El cardenal contestó a las críticas. Explicó a *Ercilla* que "de lo que sé, los alumnos sólo han pedido lo que la Iglesia quiere y propicia".

A fines de agosto, los obispos reunidos en Punta de Tralca le brindaron su apoyo. Afirman que, a la luz de los documentos del Concilio Vaticano II y de las conclusiones del encuentro en Buga, Colombia, "el Episcopado anhela la renovación de las universidades católicas, a fin de que se adapten mejor a las necesidades de nuestro tiempo".

Las heridas comienzan a cicatrizar con lentitud y, el 25 de noviembre, el Claustro Pleno confeccionó una terna para elegir a un rector y la envía a Roma. Los candidatos son Ricardo Krebs, William Thayer (profesor de Filosofía del Derecho y Sociología) y Fernando Castillo. Un cuarto candidato, Juan de Dios Vial, considerado el más "continuista" del grupo, no integró finalmente la lista de alternativas. Castillo obtuvo la primera mayoría y, a fines de



Miguel Angel Solar, el líder estudiantil y una delegación de la CUT en la universidad tomada.

dicembre, fue nombrado por la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades de la Santa Sede como rector de la Universidad Católica. Permaneció en el cargo hasta septiembre de 1973.

Hoy, el ex rector admite que los problemas no faltaron, que se cometieron errores, "pero la autoridad actuaba por medio del consenso. En esa Universidad se dialogaba, se discutía, se descubría, se intercambiaban ideas. Había vida en cada pasillo, en los jardines de cada *campus*. Todos tenían un espacio: desde el militante del MIR hasta el de Patria y Libertad. La plena libertad de pensamiento se cumplía de verdad".

Castillo no plantea la experiencia de la

reforma como una ruptura con el pasado, sino que, explica, "se conservaron los logros y avances de la universidad tradicional, pero se las puso al día frente a sus responsabilidades con el conocimiento científico, la enseñanza moderna y las formas democráticas de gestión".

Una visión similar comparte José Joaquín Brunner, actualmente director de Flacso y uno de los dirigentes que participó activamente en el proceso. Durante el conflicto fue enviado por la FEUC a Roma con la tarea de conversar con el prefecto de la Sagrada Congregación de Seminarios y Universidades, cardenal Gabriel Garrone. Este, sin embargo, declinó recibirlo para tener así mayor libertad de acción e independencia. Pero logró hablar con su secretario, monseñor Cerutti, quien le aseguró que la Santa Sede estaba plenamente informada de lo que ocurría y que era partidaria de que la solución se encontrara entre las mismas partes del conflicto.

—El paso de los años —concluye Brunner— ha demostrado lo difícil que es gobernar las universidades y garantizar su autonomía, su eficiencia y su servicio al país. Hoy, las universidades están en crisis porque no respiran libertad, no tienen apoyo público, sus profesores están desanimados y los estudiantes en constante rebeldía. Son nuevos problemas que reclaman también nuevas soluciones.

La aventura iniciada en la madrugada del 11 de agosto de 1967 es mirada por muchos con nostalgia y dolor. Fernando Castillo sostiene, sin embargo, que la experiencia valió la pena y subraya que "no me arrepiento de nada". Concluye: "Es un pedazo de nuestra historia, de nuestra cultura y de los mejores anhelos que Chile guarda como su reserva más grande y su fuerza más viva".



Rector Castillo, esperando la reforma.

Los presidentes de la FEUC

En 1959, la Democracia Cristiana Universitaria gana por primera vez la presidencia de la Federación de Estudiantes de la UC y se inicia el camino estudiantil que culminaría en la Reforma de 1967. Ocupó el cargo de presidente Fernando Munita. Lo sucedió Claudio Orrego durante dos períodos (1960 a 1962). Luego se sucedieron seis presidentes surgidos de la DC: Andrés Varela (1962-63), Manuel Antonio Garretón (1963-64), Carlos Eugenio Beca (1964-65), Fernán Díaz (1965-66), Miguel



Manuel Antonio Garretón, hoy. Fue Presidente de FEUC en 1964.

Angel Solar —el líder de la toma— (1966-67) y Rafael Echeverría (1967-1968). Con la

crisis del movimiento reformista, Echeverría renunció y fue sustituido temporalmente por

Juan Enrique Coeymans. En las elecciones de fines de 1968, triunfó por primera vez un movimiento que había nacido en 1966: el Gremialismo. Su primer presidente de FEUC fue Ernesto Illanes. Luego le sucedió Hernán Larraín (1969-1970) que superó por escaso margen de votos a Miguel Angel Solar que postulaba a la reelección. Se inició así un ciclo de federaciones gremialistas interrumpido sólo en 1984 por el trunfo de Tomás Jocelyn Holt, apoyado por la DC y la izquierda.

La generación de la segunda oportunidad

SERGIO SPOERER

(Presidente de la FEUC-V en 1969)

Los grandes cambios culturales irrumpen en la historia —se hacen visibles y significantes en ella— cuando un grupo humano a través de palabras y gestos genera hechos de resonancia simbólica, capaces de reformular las percepciones de lo socialmente reconocido como real. La acción política es entonces el arte de dilatar las fronteras de lo posible.

En Chile, 1967 es el año de la Reforma Universitaria. Y esa reforma es el acontecimiento configurador de la generación que entonces tenía 20 años. Aquel proceso se inicia en Valparaíso —como tantas otras cosas ocurridas en Chile por primera vez—, en la Universidad Católica, a mediados de junio de ese año. Tres hombres fueron sus principales animadores: un poeta —Godofredo Iommi—, un cientista político —Fernando Molina—, y un joven estudiante de derecho —Eduardo Vio—. “Universidad Democrática, comunitaria, comprometida con la realidad nacional” fue la consigna que resumió entonces aquella esperanza amalgama de sueños y desafíos. Otras universidades —la Católica de Santiago, en primer lugar— continuaron muy pronto el proceso abierto en Valparaíso.

No sólo en Valparaíso, en Chile o en América Latina esos años fueron de épica euforia.



Dirigentes de la FEUC-V: Jaime Esponda, y Sergio Spoerer.

El horizonte de lo posible pareció ilimitado a aquella generación. *Gozo y Esperanza* se llamó uno de los principales documentos del Concilio Vaticano II, que animado por Juan XXIII y luego Paulo VI, transformó la inspiración y las prácticas de buena parte de aquella generación arraigada culturalmente en el cristianismo. La encíclica *Populorum Progressio* y el documento del CELAM sobre *La misión de la Universidad Católica en América Latina* —publicados ambos a comienzos de 1967— fueron de decisiva inspiración para los actores del proceso de Reforma.

Cierto es que los jóvenes de entonces fuimos también “hijos de Cuba y de Vietnam”,

como gustaba decir Rodrigo Ambrosio, quizá la principal figura política de aquella generación. Pero fuimos también hijos (o hermanos) de Los Beatles y *Cien años de Soledad* que, publicada por primera vez en mayo 1967, leímos pocos meses después como nuestra propia canción de gesta. Hablábamos del “hombre nuevo” y luchábamos por “una nueva sociedad”. Leíamos a Neruda y no a Rimbaud, pero era con “cambiar la vida” que soñábamos. No nos sentíamos obligados a tener que optar entre el amor y la lucha. Las urgencias de aquel tiempo hicieron, sin embargo, que esos ideales necesitaran vestirse de ideología y de los rigores de la acción política

que no siempre fue capaz de dejarse habitar por el florecer diverso de tanta vida naciente. Y vinieron entonces los años del furor y de la muerte. Desde la travesía del exilio un joven poeta (Mauricio Redolés) —lúcido a fuerza de ser irreverente— diría años después que el drama de entonces fue que “las mariposas se negaron a trabajar con las flores y sucumbió la primavera”.

Dos décadas después los jóvenes de entonces empezamos a cumplir 40 años. Al sucumbir de aquella primavera han sucedido estaciones menos benignas. Sin embargo, en la travesía del dolor y de los sueños quebrados hemos hecho más que sobrevivir. No hay conmemoración sin alegría, sin fiesta, sin optimismo. Toda celebración es festejo de lo posible.

Festejemos entonces, estos 20 años. Regalémonos el derecho a la memoria y a la esperanza. Digámonos que si sabemos evitar las tentaciones de la certidumbre y la arrogancia, si permanecemos fieles al mucho querer de la vida, las gentes concretas, los jóvenes de siempre, la inocencia del aprendizaje, podemos tener el privilegio de ser una generación que a la generosidad de los sueños pudo sumar la responsabilidad de la experiencia. Podríamos ser la generación de la segunda oportunidad.